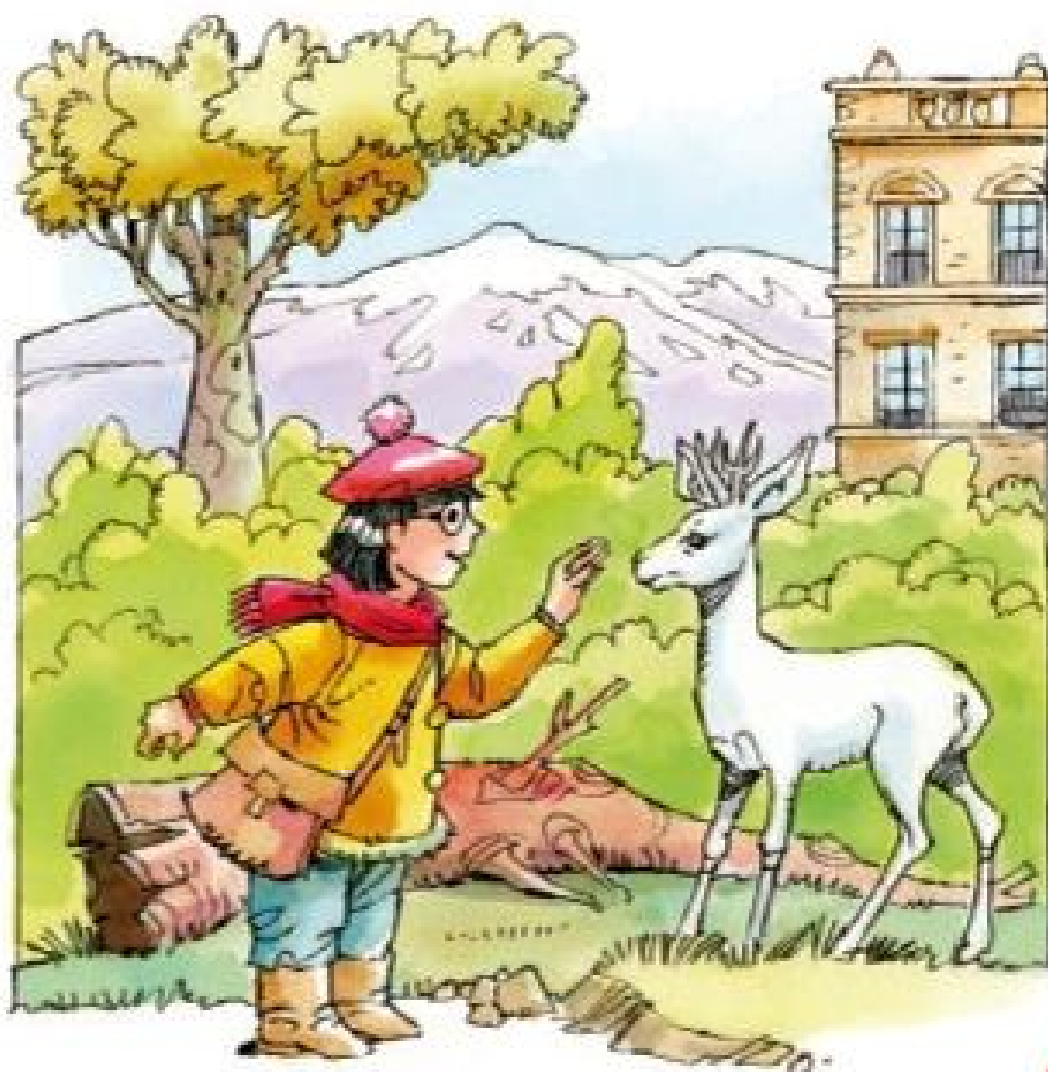




El tejo rojo

Paloma y el Corzo blanco



CONCHITA BAYONAS

 DYLAR

9



6° de primaria sale de excursión

El despertador sonó un poco antes de lo acostumbrado; Paloma sacó la mano de debajo de las sábanas y lo apagó de mala gana. Notó el ambiente helado que había en su habitación y estuvo durante unos minutos desperezándose. Esa noche no había dormido muy bien; las salidas, aunque fueran cortas como esta, la ponía nerviosa.

—De todas formas, siempre será más divertido que tener clase de matemáticas o de inglés.

Ese pensamiento la animó. Por fin se decidió, saltó de la cama y se vistió con la ropa adecuada para soportar el frío del lugar que iban a visitar, después desayunó

y, poco a poco, empezó a sentirse mejor, hasta tal punto que, de repente, cambió su actitud ante la excursión a La Casona y El Pabellón de caza del duque de Cerro Blanco en los alrededores de Segovia. Ese antiguo edificio había sido su lugar de recreo mientras el primer duque vivió pero, ahora, el duque actual lo había restaurado y cedido para que lo visitasen tanto turistas como colegios. Por otro lado, los alrededores eran tan bonitos que se podían dar paseos y, si se tenía algo de suerte, observar a los animales que vivían por allí en libertad. Sin embargo, cuando recordó que después visitarían una zona del Pabellón dedicada a exhibir las piezas que el primer duque había cazado durante sus excursiones por los bosques segovianos, se volvió a poner de mal humor.

Salió de su casa enfundada en un anorak rojo y con un pasamontañas calado hasta los ojos. Madrid, en invierno, no era precisamente una sauna y a las ocho de la mañana menos. Empezó a tararear la canción de Serrat "Hoy puede ser un gran día" mientras se dirigía al colegio y, poco a poco, se le contagió el optimismo de la

melodía que estaba entonando. El autocar los recogió, puntual, como siempre pasaba cuando venía de chofer Paco. Él era como de la casa. Los había acompañado en infinidad de visitas desde que eran pequeños.

—Paco, ¿llevará las cadenas, verdad?—, le preguntaron las profesoras.

El viaje a la sierra de Segovia requería que se tomasen todas las precauciones posibles. Podían encontrarse con una nevada o con hielo en la carretera.

—Cadenas, faros antiniebla y un termo con café calentito que me ha preparado la parienta —contestó el chofer con sorna.

—De acuerdo, Paco, no queremos sorpresas. ¿Estáis preparados, chicos?

—Hace rato, seño —contestaron los chavales impacientes porque empezase la aventura. Por fin, el autobús arrancó y comenzaron las típicas canciones que se cantan en todas las salidas escolares:

—Ahora que vamos despa acio, ahora que vamos despa acio, vamos a contar mentiras tralará...

Las profesoras y el chofer aguantaron estoicamente una hora de auténtico griterío:

—No me explico por qué tienen que cantar chillando. Mira, ya estamos llegando —dijo Charo al divisar a lo lejos La Casona.

El gran edificio era de granito, de líneas sencillas y elegantes, y estaba situado en medio del bosque. La construcción resultaba impactante, aun para chicos que todavía estaban en edad de jugar y que costaba que atendieran a cuestiones relacionadas con la historia y el arte. Días antes de salir, en clase, las profes ya les habían informado de algunos datos referentes al lugar. Marga les había explicado que fue encargada por la esposa del primer duque de Cerroblanco y les comentó que este señor había sido muy aficionado a la caza; por eso, allí había unas salas que albergaban una gran cantidad de animales disecados que verían después de que les enseñaran las dependencias del edificio. Además, añadió que el duque tenía otros palacios repartidos por España, su fortuna era inmensa.

El autocar escolar se paró delante de la puerta principal, en un lugar adaptado para autobuses grandes.

—¡Por favor!, antes de bajar recordad todas las cosas que os hemos dicho. Portaos como adultos aunque todavía no lo seáis —les rogó Charo.

Cuando el coche abrió las puertas, todos los chicos se arremolinaron ante las escalerillas y los escolares del Colegio Ntra. Sra. de la Salud de 6º de primaria se apearon del mismo como era habitual en ellos: formando una gran algarabía. De nada había servido que las profesoras les hubieran dicho que no debían alborotar; se les olvidó tan pronto como pusieron los pies en el suelo.

—No dejéis nada en el coche, que luego cuando estemos dentro no podremos volver —les recordó Marga.

Se habían abrigado hasta los ojos: bufandas, gorros y guantes. Las temperaturas de los alrededores eran gélidas. Frente al gran edificio se divisaba la silueta de una alineación montañosa que, en esas fechas, estaba cubierta de nieve. Nada más bajar

una de las niñas dijo: —¡Mirad, La Mujer Muerta! ¿Por qué se llama así, profe?

—Si os fijáis, parece una mujer acostada con los brazos cruzados y con un velo por la cara —contestó Marga.

Ella era la profesora más joven del colegio y todos los alumnos la llamaban familiarmente Marga.

—¡Es verdad! —dijeron las niñas—, se ve perfectamente la silueta de una mujer tumbada.

—Cuenta la leyenda que esa mujer fue la dama de un caballero que, al partir para las Cruzadas le prometió amarla siempre. Él nunca volvió, no se sabe si la olvidó o realmente falleció en la guerra. La dama no lo pudo soportar y murió de dolor.

A los chicos esas tonterías de la Mujer Muerta no les interesaban en absoluto, por lo que se habían desperdigado para hacer un reconocimiento del terreno. De repente alguien del grupo gritó:

—¡Ciervos!

Como es natural, todos salieron corriendo haciendo caso omiso de las llamadas

de sus profesoras; se acercaron a la valla de piedra que separaba el edificio del bosque que lo rodeaba. A lo lejos se veían toda clase de cérvidos y esto hizo que el alboroto fuera aun mayor.

—Mira, Pili, allí se ven dos corzos, ¿tú sabes que los corzos ladran?

—Sí hombre, van a ladrar como si fueran perros. *Seño*, Jesús dice que los corzos ladran como los perros.

—Pues es verdad, Pili. El sonido que hacen es similar a los ladridos, pero venga, vamos a entrar, que la guía nos está esperando.

Todo el grupo se dirigió a la entrada para empezar la visita; todos, menos Paloma. Para ella, la naturaleza era la mejor obra de arte que le podían mostrar. La gran cantidad de encinas, robles y chopos formaban un bosque precioso y, además, estaban los ciervos y los corzos. Contemplar aquello era más interesante que todas las riquezas que pudieran tener cien casas señoriales, con sus marqueses o duques incluidos. Se quedó entusiasmada mirando a los animales, pero por un momento, le pareció

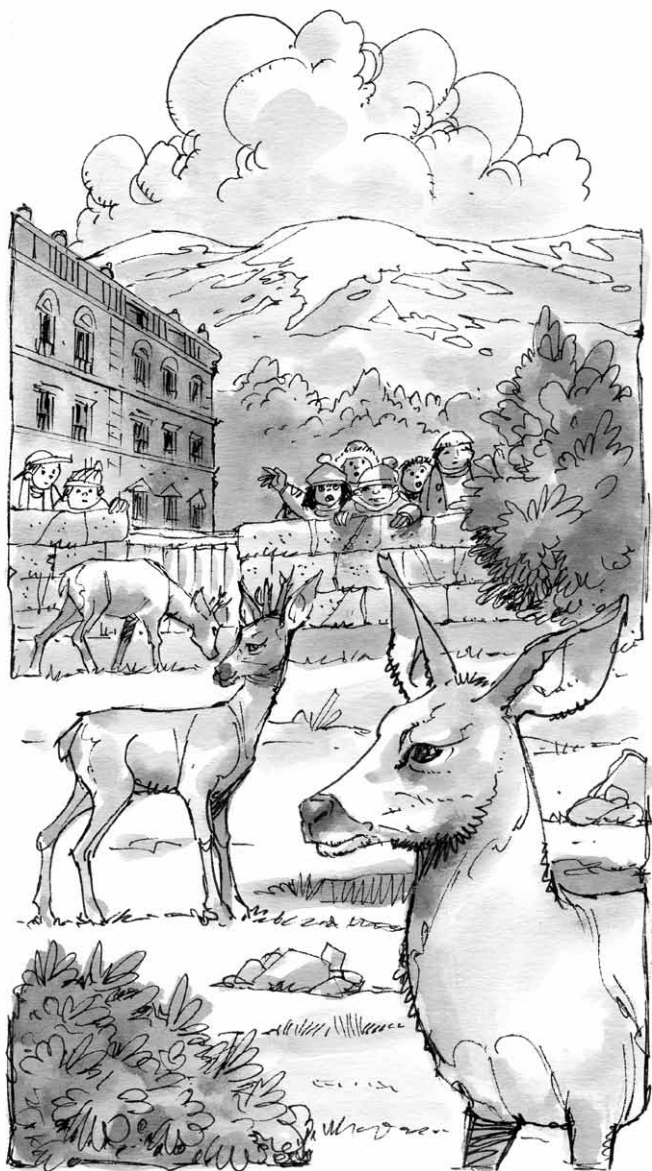
divisar algo extraño a lo lejos, detrás de unos chopos:

—¡No puede ser! —exclamó—, parece una oveja.

Se acercó un poco más para asegurarse de lo que veía y así cuando se dio cuenta de que el animal que estaba mordisqueando las hojas de una encina era en realidad un corzo blanco.

—¡Qué extraño, no sabía que hubiese corzos de ese color!—. Paloma estaba tan entusiasmada con su descubrimiento que no se dio cuenta de que el grupo de sus compañeros había entrado ya en el edificio.

Saltó la valla de piedras, aunque sabía que iba a hacer una cosa que no estaba bien y, con mucho cuidado, empezó a acercarse al simpático animal. Caminaba prácticamente de puntillas para que el corzo no se asustara del ruido que sus pies hacían al pisar la hojarasca, pero cuál fue su sorpresa cuando comprobó que, en lugar de huir, se acercó a ella dando pequeños saltos. ¡Qué gracioso le pareció! Cuando estaba a su lado, la topó suavemente con el hocico y se dejó acariciar.



—¡Qué bonito eres!— dijo pasándole suavemente la mano por la cabeza. Esta era pequeña y estaba cubierta de pelo blanco, como el resto del cuerpo. Adornada por dos orejas puntiagudas y dos cuernecillos no muy grandes le daba un aspecto de gran viveza. Su pelo era más suave de lo que ella había pensado y sus ojos redondos y negros brillaban contrastando con el blanco de su cuerpo. El corzo la miró y, de repente, ella sintió una sensación que ya había experimentado anteriormente con otro animal: ¡se estaban comunicando!

—Oh no, ¡otra vez no! No quería creer que le estaba sucediendo de nuevo.

Paloma podía leer sus pensamientos.

Esa situación ya la había vivido una vez antes, pero aún no se había acostumbrado al hecho de entenderse con los animales; le entró pánico. En ese momento le hubiese gustado ser una chica corriente, sin poderes extrasensoriales ni nada por el estilo; la percepción de que estaba sucediendo algo anormal le produjo desasosiego y miedo. Recordó la primera vez; fue un día que había ido con sus padres a Navacerrada.

Estaban dando un paseo por el bosque, cuando se encontraron un cárabo herido. Lo recogieron con mucho cuidado y lo llevaron rápidamente a un centro de recuperación de animales. Al despedirse, ocurrió algo que inquietó a Paloma, ¡sintió el agradecimiento del ave rapaz!

—¿Papá, has notado lo que yo?

—¿El qué? —le preguntó su padre.

—¡El cárabo se ha dirigido a nosotros!, ¡nos ha hablado!, ¡nos ha dado las gracias!

Su padre la miró con preocupación y le dijo:

—Paloma, tenemos que hablar.

Fernando se llevó a su hija hacia un banco de madera que había en la puerta del Centro de acogida y allí se sentaron.

—Yo también he sentido lo mismo que tú. Nunca te he hablado de ello porque tenía la esperanza de que no tuvieras que pasar por esto, pero parece que has heredado la misma facultad que yo heredé de mi padre y él, del suyo.

—¡No me digas que siempre puedes notar los pensamientos de los animales!

—No siempre, casi nunca, pero a veces me ocurre.

—Pero, ¿cómo es posible?

—Ten paciencia que te lo voy a explicar: ya sabes que tu tatarabuelo era científico y trabajaba en el laboratorio estudiando las neuronas del sistema nervioso.

—Sí, me dijiste una vez que abandonó sus experimentos porque se puso enfermo y que, al final, fue otro científico el que siguió trabajando sobre ellas.

—Bien, pues antes de abandonar las investigaciones, mi bisabuelo se ofreció para probar un aparato que habían inventado en el laboratorio en donde estaba trabajando; era un casco con electrodos que, conectados a ciertos puntos del cerebro, aumentaban las magnitudes de energía producidas por este, de manera que podía transferir pensamientos o recibirlos. Pues bien, después de probarlo, durante varios días escuchaba ruidos, oía a la vez muchísimas conversaciones y entendía los pensamientos de las personas que estaban en la habitación, como si los estuvieran diciendo en voz alta. Estuvo a punto de volverse loco. ¡Por fin, un

día se le pasó casi todo el efecto del fantástico invento! Sin embargo, las ondas emitidas por ese aparato aumentaron la energía de su cerebro sin saber por qué y, a partir de aquel momento, empezó a entender la forma de comunicarse de algunos animales. ¡Imagínate el susto que se llevó! Cuando se recuperó, dejó ese trabajo y casi siempre permaneció recluso en su biblioteca leyendo. Ese poder se lo transmitió genéticamente a sus descendientes: primero a su hijo y este al suyo y así sucesivamente. Esto siempre ha sido un secreto entre nosotros.

—¡Papá, pero es estupendo! ¡Poder hablar con los animales, con lo que a mí me gustan! Podríamos ayudar a muchos de ellos...

—Sí, pero es mejor que nadie sepa esa cualidad tuya. Si lo comentas con alguna amiga, no te va a creer y, encima, pensará que eres una mentirosa o que estás chiflada.

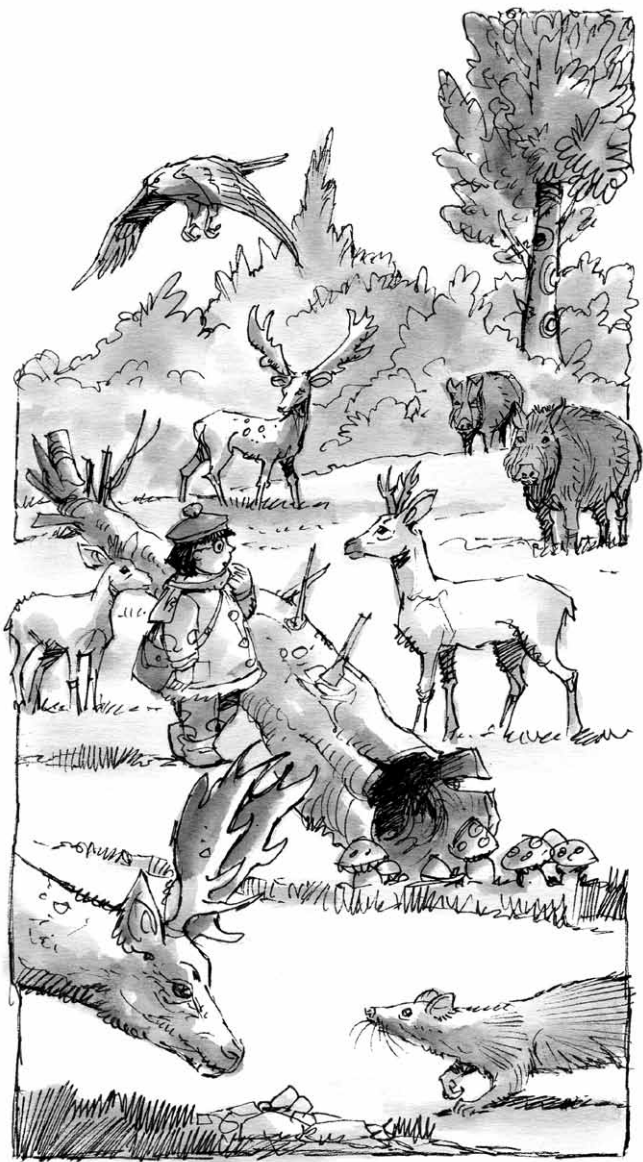
Paloma se dio cuenta de que su padre tenía razón y le obedeció. Se quedó asimilando todo lo que le había contado y, desde ese día, los dos guardaron su secreto. Nunca lo comentaron con nadie ni siquiera con su madre.

En el bosque, la niña sintió que le estaba ocurriendo con el corzo lo mismo que le sucedió con el cárabo, solo que ahora estaba sola. Algo pasaba entre los dos, se había establecido una corriente que hacía que entendiese todo lo que el pequeño animal quería decirle:

—Por favor, sígueme.

Paloma miró a los lados por si había alguien en los alrededores, pero comprobó que estaban solos. Le volvió a invadir un miedo tremendo y un escalofrío le recorrió el cuerpo; sin embargo, cuando le miró a los ojos, se convenció de que ese pequeño animal no podía hacerle daño. Tuvo unos momentos de indecisión pero, al final fue tras él cuando se adentró en el bosque.

—¡No corras tanto, no puedo seguirte!
—decía Paloma a su amigo, mientras intentaba alcanzarle, arañándose con las ramas de todos los arbustos con los que tropezaba. Por fin, llegaron a un claro rodeado de encinas, robles y chopos. El lugar era muy frío pues en la espesura no entraba prácticamente la luz del sol. En el centro, había un gran tronco caído alrededor del cual es-



taban reunidos en asamblea todos los animales. Siempre lo hacían cuando presentían peligro. Había gamos, nutrias, garduñas, gavilanes y hasta algún jabalí. Estaban esperando que el viejo corzo albino hablara con Paloma. Ella seguía muy asustada. No era normal lo que le estaba sucediendo en esos momentos. Su amigo, el pequeño corzo, le dijo:

—Mi abuelo, que es el más anciano del grupo, me dijo que te buscase; no nos hemos encontrado por casualidad. Sabíamos que ibas a venir. Nos lo había dicho nuestro amigo común el cárabo.

Este, que estaba en la rama de un roble, la saludo guiñándole uno de sus grandes ojos. Paloma se le quedó mirando y lo reconoció.

Se sentó sobre el tronco, necesitaba descansar después de tantas emociones. Su corazón latía sin cesar, no estaba preparado para sensaciones tan fuertes. En ese momento el viejo corzo empezó a hablar: